

La Capilla Sixtina

LA AVENTURA DEL LENGUAJE

Según estadísticas realizadas por la *Revue de Recherches presques inutiles*, el viaje del «Apolo XIV» a la Luna ha suscitado un interés universal muy diferenciado. En Estados Unidos es considerado como uno de los 1.234 acontecimientos más importantes del mes de febrero de 1971 (hay que tener en cuenta que se realizó el día 1). En cambio, en Francia no ha sido ni siquiera evaluado como suceso digno de la preocupación de un 0,003 por 100 de la población adulta situada entre los cuarenta y dos años y tres meses de edad y cuarenta y dos años y cuatro meses de edad. Precisamente en esa parcela estadística de la población francesa el debilitamiento de la Luna como centro de interés informativo es evidente. En cambio, estos datos contrastan con los obtenidos en España. Así veríamos que un 99 por 100 de las ancianas manchegas consultadas en lunes aseguran que el viaje del «Apolo XIV» es lo más importante que ha ocurrido en el mundo desde el viaje del «Apolo XIII», y que en el orden de los acontecimientos nacionales sólo pueden oponer, en su memoria, la entronización de la Virgen de los Desamparados en los años cuarenta. No son de la misma opinión las ancianas manchegas consultadas en viernes, y sería muy conveniente extraer consecuencias de la oposición de los dos talentos.

Cuadro sobre la mensuración de la importancia informativa del viaje del «Apolo XIV» entre las ancianas manchegas consultadas en lunes o viernes.

	Importante	Regular	Pche
Lunes	99 por 100	1 por 100	0 por 100
Viernes	0 por 100	1 por 100	99 por 100

Ante los resultados de esta estadística, destacados prohombres de la oposición liberal han intentado comunicar al Dalai Lama los profundos errores en que suele incurrir la estadística en España. Según la tesis sostenida por los prohombres, las ancianas manchegas consultadas eran sordas y entendieron una pregunta muy diferente, algo así como: *Digame, buena señora, ¿caso los eventos consuetudinarios que acontecen en la galaxia son un factor referencial suficiente para concluir que estamos en lunes?* Nos hemos puesto al habla con los encuestadores y han confesado que la mayor parte de ancianas eran duras de oído, mas no parecía condición suficiente para la confusión. Sin prisas pero sin pausas hemos investigado las características personales de los encuestadores de la sección española de la *Revue des Recherches presques inutiles*. Muchos de ellos aspiran a convertirse en redactores anónimos de TVE y se han convertido en oyentes complacidos del lenguaje del cuerpo redaccional de TVE. Emocionados por el descubrimiento, les hemos rogado que se prestaran a un examen lingüístico, susceptible de ser publicado en su día en la *Revue des Recherches presques inutiles*. Ante estímulos redaccionales determinados han reaccionado con elocuente sintaxis. Por ejemplo:

AGUA. ESTIMULO: Respuesta: Arpegio sonoro de proclives honduras caídas de azares teñidos de miel alcarreña circunscrita a un proceso renovador incline en los declives de malintencionadas actitudes que conducen al Frente Popular.

LECHUGA. ESTIMULO: Respuesta: Teresiano vegetal albiverde, flor aromatizada por salvias celestiales que arcángeles espadados derramaron providencialmente sobre los hombres y las tierras de España, unos y diversos, unos en lo español y trinos por lo pajarescos.

Es difícil, pero poético, que un conocimiento científico del país pueda ultimarse algún día. En cambio, nuestro nivel literario progresa y la influencia de Juan Benet sobre todos los cuerpos redaccionales del país, por oposición, en oposición o sin oposición, sólo habla bien de la salud literaria de un pueblo que había encontrado en Azorín una real cazurrería expresiva disfrazada de parquedad señera. Como muy bien dice mi amigo Menclao el Areopagita, profesor de Metafísica exiliado de la Grecia de los coroneles, hay pueblos que nacen para escribir la Historia y otros para evitarla.

SIXTO CAMARA

LOS GUERRILLEROS

De entre los jefes de extracción civil, una inmensa mayoría de ellos proceden de estamentos populares y campesinos («El Empechinado», Espoz y Mina, «Chapalangarra», Sánchez...). Muchos de ellos, durante la guerra o inmediatamente después, entrarán en contacto con la masonería y las ideas liberales, lo que les evidenciaría lo absurdo de su lucha en provecho de un sistema feudal dirigido por un Rey inepto y absoluto. Como procedentes de estratos populares, en muchos de ellos late un fondo villano, antiaristocrático y jacobino, que se ve justificado por el «colaboracionismo» de la mayor parte de la nobleza española durante la guerra. Sobre esta tendencia antiaristocrática, Jaime Vicens Vives, en su «Aproximación a la historia de España», escribe: «En la Revolución de mayo de 1808, lo que menos interesa es el fenómeno cantonalista, producto de las circunstancias en que había estallado el movimiento... La sacudida popular había sido tan fuerte, que el reformismo político y social se convirtió en uno de los objetivos principales de la lucha, al lado del evidente deseo de mantener la independencia del país. El pueblo, peor o mejor encuadrado por unos mandos militares dudosos, activo siempre en la guerrilla, dando sus ardientes pechos en la defensa de las plazas fuertes, combatiría por unos ideales concretos y primarios: por su casa, por su Dios y por su Rey; en definitiva, por el país. Pero sería craso error ignorar el fermento de renovación social, incluso la tendencia antiaristocrática, que estimulaba a los garrochistas de Bailén, a los somatenes del Bruch o a los guerrilleros zaragozanos».

A estas alturas, sin embargo, debe darse por descontado que el colaboracionismo, en algunos casos, fue la expresión de un sentimiento progresista y liberal a la «europea» de quienes consideraban a Napoleón como el descendiente directo de los ideales de la Revolución francesa dentro de las normas de la «ley y el orden». Siguiendo las tesis de Miguel Artola, en el prólogo al libro de éste, «Los afrancesados», Gregorio Marañón habla de los españoles colaboradores de José Bonaparte como «los representantes de los buenos, de los excelentes varones que en el siglo XVIII quisieron, honrada y cristianamente, hacer un mundo mejor. Su fórmula, feliz en muchos aspectos, fue el despotismo ilustrado...». Y añade Marañón, cayendo en el viejo tópico de los pueblos «ingobernables» y «diferentes», que «para los pueblos incapaces de usar de la libertad y de la cultura no se ha inventado nada mejor» que este sistema de gobierno despótico-ilustrado.

Las disculpas de los «afrancesados», al acatar la autoridad de José Bonaparte, no son tan dé-

biles que no puedan ser históricamente razonadas. Artola, en el libro citado, destaca dos fundamentales: la abdicación vergonzosa de los Borbones frente al ímpetu dominador de Napoleón, lo que la hacía indigna de seguir gobernando a los españoles, y el nulo significado que para los absolutistas que combatían al Rey José Bonaparte tenía el término «patria», ya que serían ellos mismos los que unos años después abrirían las puertas al Ejército extranjero del duque de Angulema para acabar con los defensores de la Constitución.

Frente a los «liberales-afrancesados» de José Bonaparte están los «liberales-resistentes», que se alían con los absolutistas en una guerra patriótica que significa, sin embargo, cosas radicalmente distintas para un Mina o para un Merino. La Guerra de la Independencia no es un levantamiento motivado por sentimientos comunes, sino una alianza de fuerzas progresistas y reaccionarias que coincidían en un solo objetivo: expulsar al Ejército francés de España. La guerrilla participará de esta dualidad dramática. Para los «liberales-resistentes», la figura del Rey no es necesaria a la nación. Se trata, por tanto, de liberar a España de despotismos, tanto si vienen de Napoleón como del monarca borbónico.

No todos, sin embargo, de los que sirvieron a José Bonaparte podrían ser considerados «liberales-afrancesados». Muchos de ellos eran simples vividores, gente amedrentada u oportunistas apolíticos. Deleito, en su trabajo titulado «La expatriación de los afrancesados españoles», dice de ellos que «no escaseaban los ambiciosos y vividores, bien avenidos siempre con el que manda y puede repartir prebendas».

Así, pues, mientras los absolutistas se declaran en bloque frente a Napoleón, los liberales se reparten en los dos bandos, aunque haya una abrumadora mayoría de «liberales-resistentes». Esto hará que los reaccionarios de todas las épocas hayan tratado de desorientar al pueblo identificando liberal con afrancesado, y, por tanto, con anti-patriota y hasta con anti-español.

La cifra de los que juraron en España fidelidad a José Bonaparte no es tan pequeña como algunos creen. Francisco Amorós, en su «Representación dirigida a Fernando VII», calcula que fueron «más de dos millones de españoles», lo que es un buen número para una población que no llegaba a los doce millones. Y Llorente, en sus «Memorias para la historia de la Revolución Española», afirma que más de doce mil familias buscaron el exilio al producirse el regreso de Fernando VII. ■ F. M.

Próximo capítulo:
«Los tres grandes»